

---

# Navarra en los planes del nacionalismo vasco

PASCUAL TAMBURRI BARIAIN\*

**L**A deriva nacionalista del PSOE y a los planes independentistas de uno u otro signo, ha puesto en una situación sin precedentes la democracia española. Especialmente en el caso concreto de Navarra, la situación política, social y cultural que se viene a crear con este cúmulo de elementos carece de puntos de referencia recientes y supone un reto para quien concibe la acción pública como un acto de servicio y de lealtad a la nación.

Esto merece un análisis detenido desde el punto de vista de la teoría política. En efecto, la situación política navarra aparece condicionada por una clásica interacción entre un nacionalismo vasco teóricamente moderado y formalmente democrático y otro nacionalismo vasco abiertamente totalitario, marxista y afín al terrorismo. Entender la imbricación y la íntima solidaridad entre ambas realidades es una exigencia política en 2004.

Los críticos de Juan José Ibarretxe, en particular, y del proyecto nacionalista, en general, han analizado sin piedad los distintos aspectos de la ofensiva independentista en curso. Singulares unos, cómicos muchos, desgraciadamente trágicos no pocos de ellos. Se han pronunciado brillantes diatribas jurídicas, sesudos estudios institucionales, apasionados juicios políticos y hasta ponderados balances económicos sobre propuesta nacionalista. Una propuesta que parece –desde la fría razón– carente de razón y de atractivo; y doblemente falta de atractivo para los navarros, que ya en varias ocasiones (tantas al menos como elecciones políticas) se han pronunciado al respecto.

Es claro que a los portadores de la fe nacionalista esto no les importa demasiado. El nacionalismo vasco no se basa en hechos objetivos, ni en

---

\* Pascual Tamburri Barriain (roldanus@wanadoo.es) es doctor en Historia y vicepresidente de la Fundación Leyre.

voluntades democráticas, ni en intereses fundamentados. El nacionalismo vasco se basa en una verdad revelada: «Euskadi» sería una nación, a la que Navarra pertenecería por su esencia, y España no. Poco importan las pruebas evidentes de que esto es una alucinación, porque una parte importante de la sociedad navarra cree en esa entelequia como si se tratase de un hecho. Ibarretxe, por alucinante que sea su horizonte político, tiene en Navarra apoyos importantes, y si no encuentra en su camino una oposición seria y consciente puede triunfar.

El nacionalismo vasco es una aberración moral, si se quiere. No por defender una identidad colectiva, ya que sabemos que las identidades colectivas existen, y que los hombres se agrupan naturalmente en comunidades de distinto calado. Pero sucede que no hay, y nunca ha habido, una nación vasca; y no se dan, ni se van a dar, los elementos objetivos para que tal nación exista. Ni los vascos son un sujeto colectivo potencialmente soberano, ni los navarros pertenecen a ese conjunto humano más que el resto de los españoles. Existe un pueblo vasco, y un pueblo navarro sensiblemente distinto de él, y ambos son parte de un sujeto histórico milenario: el pueblo español, la moderna nación española, España.

De la propuesta de Ibarretxe es inútil discutir el contenido: su premisa es falsa. El problema de los navarros no es su adscripción nacional, resuelta hace milenios y evidente en nuestra vida colectiva. El único problema es el propio nacionalismo de una neo-nación postiza. Un nacionalismo que maquina contra Navarra, que amenaza a los navarros y que obliga a éstos a defender su identidad por todos los medios (que no son sólo, ni hoy esencialmente, los jurídicos) en el seno del Estado democrático de Derecho.

## I. NATURALEZA DE LAS PARTES

### A. EL FRENTE NACIONALISTA

Desde la UCD en los 70, al PNV de los 80, incluyendo el pacto de Ajuria Enea, la estrategia políticamente correcta contra ETA pasaba por establecer una frontera teóricamente insalvable entre terroristas y antiterroristas. Se admitía así la bondad de nacionalistas e independentistas de

varios tipos, simplemente por ser aparentemente demócratas y no incurrir en delitos de sangre. Esta opción era comprensible en aquel contexto, pero generó un monstruo: el nacionalismo vasco se consideró políticamente legitimado simplemente por no colaborar directamente en el terrorismo, de tal manera que el logro de los objetivos políticos nacionalistas pasó a ser aceptado por amplios sectores de una sociedad cautiva como un peaje aceptable a cambio «del fin de la violencia».

El rumbo político emprendido después por el PNV y EA, es decir, por el mal llamado nacionalismo moderado, ha demostrado que aquella estrategia fue un error. Un error que entregó el poder social en el País Vasco al nacionalismo en nombre de una paz que ha demostrado no querer. Como han dicho en muchos foros Jaime Mayor Oreja, Nicolás Redondo Terreros y el propio Mariano Rajoy, el enfrentamiento esencial no es hoy contra el terrorismo, sino contra la imposición nacionalista en todas sus formas, una de las cuales es el terrorismo.

Los enemigos de la convivencia pacífica y democrática en España no son sólo los etarras, sino los que hacen posible la existencia de ETA y la desean, y los que la aprovechan para lograr fines de otra manera impensables. Aún hoy, para muchos, y sobre todo para el actual PSOE, políticamente es más fácil decir que sólo ETA es el problema. Sin embargo, es evidente lo contrario: si hay un problema, es el nacionalismo, causa y origen del terrorismo. Sin nacionalismo «genérico», no habría terrorismo, «nacionalismo específico». No hay margen para la negociación de un imposible ontológico; pero esta claridad de análisis debe salir del gabinete del sociólogo y debe llegar a los despachos de todos los políticos que se reputen demócratas. Las posibilidades más neuróticas del plan nacionalista parten, precisamente, de la división y de la incoherencia de sus adversarios.

Hay que agradecer a Juan José Ibarretxe y a Xabier Arzalluz, y también a Josu Jon Imaz, su sinceridad y su claridad política. Con ellos y con su plan, las instituciones del Estado de Derecho tienen un único camino, que es imponer la vigencia de sus normas jurídicas y la preservación a cualquier precio, por los distintos caminos que la Constitución prevé, de la unidad y la libertad del pueblo español. Pero con todo este movimiento el nacionalismo lo único que ha hecho es mostrar sin disimulo la que siempre ha sido su naturaleza íntima, evidente para quien ha querido verla, disimulada sólo para quien ha querido dejarse engañar.

El nacionalismo vasco tiene raíces y formas premodernas, pero es básicamente moderno, esencialmente liberticida, tendencialmente totalitario además de, como salta a la vista, basado en la imaginación de su fundador y de sus seguidores. El PNV, y por extensión EA, son sujetos políticos bien conocidos y sobradamente estudiados en su historia; no es el lugar de insistir en esto. Sin embargo, sí es importante recordar que el nacionalismo democrático es ante todo nacionalista, y sólo en segundo término demócrata; en buena lógica nacionalista, lo primero es la nación (e importa poco que ésta sea inventada: los creyentes, como no puede ser menos ... creen). Muchos políticos, durante la Segunda República y durante la Transición, creyeron lo contrario, y se equivocaron, con funestas consecuencias para todos los españoles.

Tal vez una de las personas que más ha tratado y conocido a los nacionalistas vascos en Navarra es Jaime Ignacio Del Burgo, a lo largo de su dilatada carrera política. Para él, el pensamiento de Sabino Arana es impresentable por racista y por xenófobo, arcaico por confesional, e irreal por basarse en una percepción deformante del pasado y del presente. De todo eso no cabe duda; pero el nacionalismo vasco ha gozado de dos ventajas hasta ahora en su confrontación con las fuerzas políticas no nacionalistas, e incluso con las que sin pudor reivindican los derechos de la nación española. En primer lugar, se ha reconocido un cierto y difuso fundamento a la reivindicación etnicista –identitaria sabiniana, como si los nacionalistas poseyesen acotada una parcela de la identidad colectiva navarra, y como si fuese obligado rendir tributo a sus méritos y supuestos tales en campo lingüístico o etnográfico. En segundo lugar, se ha permitido con facilidad que el nacionalismo en su conjunto adopte una etiqueta colectiva progresista que, además de injustificada, no legitima ni la connivencia con el terror, ni las operaciones de ingeniería social y de limpieza étnica, ni la misma mentira identitaria en la que se basa todo el campo político.

Nos encontramos ante un campo político que se sabe ambiguo y que se ha acomodado a la ambigüedad; de tal manera, el nacionalismo sabe ser tradicional con unos y revolucionario con otros, ultramontano en un punto y neopagano en otros, ora confortantemente capitalista ora agudamente socializante. No son diferentes nacionalismos, ni diferentes etapas de una evolución, y es absurdo ilusionarse con querellas ideológicas en

el seno del nacionalismo. El nacionalismo vasco es todo eso, y es cualquier cosa que deba ser, porque es un movimiento totalitario, poliédrico y omnicomprendido, que da respuesta en su seno a las contradicciones dialécticas de la sociedad a la que aspira a encuadrar. Ibarretxe ha sabido relanzar su proyecto global en el momento adecuado, y lo ha hecho englobando en Navarra a todos los nacionalistas, o potencialmente a todos. Sólo así puede entenderse la consolidación de Aralar, verdadera razón de ser y vanguardia del movimiento nacionalista en Navarra.

Patxi Zabaleta no es un hombre vulgar, ni su historia es una historia cualquiera. El líder indiscutido de Aralar es en sí mismo un testimonio de la Transición en el País Vasco y en Navarra, desde ETA hasta su nueva aventura política, pasando por muy diversos escenarios organizativos y profesionales. Pero con una constancia admirable en lo esencial: un nacionalismo vasco absolutamente radical, coherente e independentista, entreverado de un análisis marxista y revolucionario de la realidad. Y el conjunto adobado en una grata moderación formal y en una renuncia a la violencia. La primera y más evidente contradicción del personaje y de su proyecto es, por supuesto, que esa renuncia a la violencia es estrictamente táctica, coyuntural y temporal. Zabaleta cree que el terrorismo, la guerra subversiva y la discordia civil son instrumentos políticos aceptables, que circunstancialmente no conviene emplear aquí y ahora. No se trata, en suma, de una aceptación serena del marco institucional de paz pública que el pueblo navarro desea democráticamente.

El partido político Aralar nació, inicialmente, como una tendencia interna de Herri Batasuna. Posteriormente, al considerar sus impulsores que la Batasuna resultante del proceso de debate *Bateginez* ahogaba sus expectativas, abandonaron el partido, constituyéndose como una formación autónoma. Zabaleta no es ETA, porque hoy no empuña las armas. Sin embargo, ¿quién puede decir dónde están las diferencias, o más bien los límites políticos e ideológicos, entre el PNV, EA, Aralar, Batasuna, ETA e incluso cierta parte de IU y del PSOE? No hay diferencia en los fines últimos, no hay diferencias en el programa operativo y estratégico, hay una evidente aproximación táctica y todos estos actores tienen en común su deseo de desbancar a UPN de las instituciones regionales y locales.

Sobre todos sus aliados estructurales o circunstanciales, y desde luego frente a la mayoría de sus adversarios, el abogado Patxi Zabaleta tiene

varias ventajas. La principal de ellas es que sabe a dónde quiere llegar y qué medios tiene para hacerlo. Otra, no desdeñable, es que suscita confianza y simpatía en segmentos de opinión inalcanzables para el resto del nacionalismo, porque siendo independentista no infunde pavor a las clases medias conservadoras. Por último, como recientemente ha escrito en una polémica periodística local, es un nacionalista cabal, de los pies a la cabeza, que «quiere que el vínculo de la naturaleza esté por encima de lo que decida su voluntad».

Ante las elecciones de 2004, Aralar se encuentra embarcada en una operación política de hondo calado: su primer objetivo –plenamente cumplido– es existir, consolidarse con fuerza propia, como han demostrado las elecciones de mayo de 2003. Su siguiente meta es, precisamente, agrupar a todo el nacionalismo vasco de Navarra, para perseguir unidos los siguientes objetivos, y para hacerlo con apreciables cuotas de poder y de representatividad; esto llegará con las elecciones generales de 2004. La culminación –deseable pero no imprescindible– de esa meta sería convertirse en la segunda lista más votada en Navarra, desplazando así al PSOE. De conseguir tal objetivo, lo que parece factible, podría seguirle una propuesta de «pacto a la catalana» al PSOE, al objeto de desbancar al actualmente gobernante UPN de su posición institucional. Con un despliegue de formas muy estudiadas y un mensaje moderado de izquierda crítica, abierta, moderna, lindante con el *ecosocialismo* de otras latitudes, Aralar se presenta a sí misma como una opción dialogante, no dogmática, socialista, democrática y nacionalista. Ante Aralar se experimenta cierto alivio, porque nada recuerda ni a la ortodoxia marxista habitual en Batasuna ni la disciplina *jelkide*.

Pero Aralar siempre ha declarado sentirse una parte del nacionalismo –en general– y de la izquierda abertzale, de la que procede –en particular–, compartiendo los mismos planteamientos estratégicos (la independencia y el socialismo) y discrepando sólo en algunas tácticas (vías políticas frente a terrorismo). Como ha señalado José Basaburua, esto supone una ambigüedad dialéctica y un doble lenguaje preocupante. Aralar y Zabaleta, en Navarra, no se han convertido en «factor de debilitamiento» del nacionalismo, sino por el contrario en clave de la unidad y de la victoria nacionalista. No es casual, ni es irrelevante, que Aralar haya nacido precisamente en la coyuntura de ilegalización de Batasuna,

y que haya cultivado de sí misma una imagen suficientemente ambigua como para convertirse en centro del nacionalismo –por un lado– y de todo el supuesto «progresismo» –por otro. Aralar es funcional a una estrategia totalitaria movimentista, de lucha política, social y cultural sincronizada y sin límites, donde la dirección recae donde siempre ha recaído: en un Estado Mayor de independentistas que se reservan todos los medios, incluyendo la lucha armada, para conservar la unidad del pueblo nacionalista y para hacerlo avanzar hacia la independencia.

B. LA IZQUIERDA SOCIAL Y CULTURAL; LA IZQUIERDA POLÍTICA NO NACIONALISTA

Odón Elorza, alcalde socialista de San Sebastián, es un personaje bien conocido en el PSOE navarro, y virtualmente inspirador de una de sus corrientes. ¿La más fuerte? Esto es difícil de decir, dada la naturaleza del PSOE y la creciente divergencia entre su electorado –moderado y centrista en buena parte, español y constitucionalista en inmensa parte– y su elite política, enconada y radicalizada a medida que se aleja del poder. «El pobre Odón», como le llamó Xabier Arzallus, es un mal síntoma en el peor momento del PSOE: una parte de ese gran partido constitucional español cree que España es cuestión de la derecha, y que cualquier nacionalismo periférico, por el hecho de serlo y por su historia contemporánea, tiene el marchamo imborrable de progresista y de demócrata que el Partido Popular mendigará en vano. Esto, dicho del mismo nacionalismo que recorre nuestra historia desde Arana hasta Josu Ternera, es espeluznante. De una espeluznante ceguera, pero no por eso es menos real.

La postura de Elorza no es excepcional entre la izquierda navarra, y en los próximos meses y años puede traer graves consecuencias para todos, tanto si en marzo de 2004 sucede lo que las encuestas prevén como sobre todo si el PSOE llegase por hipótesis a la Moncloa. «Basta Ya», «Libertad Ya» y otras iniciativas similares se nutren en buena parte precisamente de socialistas desencantados con la actitud de muchos dirigentes de su partido.

La izquierda necesita un aggiornamento ideológico en muchos campos, pero muy especialmente en su gestión desde Navarra del problema nacionalista. Demasiado a menudo el PSOE ha asumido colectivamente que el problema nacionalista era un problema de violencia, y que el naciona-

lismo era sustancialmente aceptable y comprensible, moderno y asumible, de no ser por ETA. Sin embargo, que el nacionalismo haga su última propuesta acompañándola de la amenaza etarra es en sí mismo insultante y vergonzoso; pero no basta denunciar esa situación para acabar de raíz con el problema. Porque el problema no es sólo la violencia nacionalista, sino también la mentira nacionalista: la Euskadi de Arana no es una nación, ni una comunidad histórica, ni es esencialmente sujeto de autodeterminación, ni lo será si ETA desaparece. El plan de Ibarretxe debe ser olvidado porque es contrario a la identidad colectiva, española, de vascos y navarros. No sólo en nombre de la legalidad o de la falta de violencia que la izquierda invoca, sino en nombre también de la verdad, de la justicia y de España, de esa España que da nombre ... al PSOE.

Cuáles eran los límites de la comprensión izquierdista del problema nacionalista se evidenció con ocasión de la ilegalización de Batasuna. Aquel debió ser un día de alegría para los demócratas, pero no para todos lo fue. La ilegalización forzó al nacionalismo, unido, independentista, a salir a la luz, y esto resultó incómodo para una izquierda que había limitado su análisis del nacionalismo a las idealizadas horas de la clandestinidad bajo el franquismo. Esto en cuanto a la contigüidad política; ni que decir tiene que el complejo cultural de la izquierda parlamentaria, y la extrema izquierda extraparlamentaria o semiparlamentaria de IU y alrededores, nunca ha percibido como más cercanos a los constitucionalistas de UPN que a los nacionalistas en cualquiera de sus versiones. Cualquier Gobierno regional o municipal que no incluya a UPN, aunque incluya a personas favorables a las tesis de ETA, será recibido con simpatía hasta prueba en contra por la izquierda. Y mientras no se demuestre lo contrario cualquier posible coalición o componenda es aceptable para el PSOE en su camino hacia el poder. Estella, Barañain o Tafalla están ahí, desde la primavera de 2003, para demostrarlo.

#### C. LAS FUERZAS NO NACIONALISTAS

Las relaciones entre la Comunidad Foral de Navarra y el Gobierno central pasan en 2004 por un excelente momento. La prosperidad de Navarra, el bienestar de sus ciudadanos y el impulso modernizador de los últimos



años vinculan establemente a los navarros con el proyecto nacional del Partido Popular, a través de Unión del Pueblo Navarro. Curiosamente José María Aznar, en las elecciones parlamentarias, sí ha obtenido las mayorías absolutas que UPN no ha conseguido en las elecciones forales. Si algo explica el acuerdo estable entre UPN y PP –y la peculiaridad popular navarra– es el gran tema común de preocupación de Aznar y de Sanz, de PP y de UPN, el futuro del Estado de Derecho. Miguel Sanz ha explicado que su objetivo político no es sólo vencer al nacionalismo, sino arrebatarse el terreno político y social que monopoliza en beneficio de ETA y del independentismo. Lo que significa una alternativa de amplio espectro al frente nacionalista y a sus aliados de la izquierda.

Jaime Ignacio Del Burgo (2001) ha puesto particular empeño en afirmar que el campo político «navarrista», el de UPN, no necesariamente se articula en una sola formación política. De hecho, hoy existe junto a la UPN popular la escisión de Juan Cruz Alli, Convergencia de Demócratas de Navarra, cuya adscripción ideológica sigue siendo difícil de definir más allá del cabotaje de las coaliciones inevitables. Pero es que esa «concepción integradora de la *navarritud* plenamente compatible con la pertenencia a la comunidad española» que hoy hace suya UPN y al menos buena parte de los miembros de CDN fue también la de todo el centro derecha navarro cuando se articulaba en la innecesaria polvareda de siglas AP-PDP-UL-UPN, y antes aún Alianza Foral. Programáticamente, UPN define ser navarro como «una de las maneras de ser español hasta el punto de que sin Navarra España no sería España, y sin España Navarra perdería una buena parte de su horizonte vital». Con este punto de partida, es de prever una reordenación del espacio no-nacionalista, no-izquierdista, una vez sanada y aclarada la posición de CDN y considerando inmutable la relación privilegiada con el Partido Popular.

Este espacio político se ha definido hasta ahora por eliminación. Sin embargo, en esta facilidad de agrupación y de deslinde radica una de sus principales taras: el centro derecha navarro tiende a basar su identidad colectiva en el doble rechazo de la amenaza nacionalista vasca y de las pretensiones progresistas (y esto último, con complejos); lo cual resulta fructífero desde el punto de vista de las coyunturas electorales (aunque no hasta el punto de lograr mayorías absolutas en elecciones forales),

pero genera problemas de programa y de proyección, en la política, en las instituciones, y tanto más en la sociedad, en la juventud y en la cultura.

Según los nacionalistas, Navarra sería uno de los territorios históricos de Euskal Herria, nación sin Estado que se extendería a ambos lados de los Pirineos, que tendría sus signos de identidad en la raza, la lengua y la historia, y que estaría llamada a una futura independencia. Esto lo cree igual Juan José Ibarretxe que el último afiliado a la rama juvenil de ETA; y podrán emplearse toneladas de papel en rebatir los endeble argumentos en los que esto se sostiene, que si ese patriotismo de adhesión no es contrarrestado seguirá imponiendo su discurso político eternamente. Aunque sea política e intelectualmente cómodo, no parece deseable entregarse *ad infinitum* al antinacionalismo: es necesario satisfacer en el conjunto de la sociedad navarra la necesidad de referentes e identidades colectivas que el nacionalismo evidencia. El centro derecha navarro puede, como se ha hecho en el resto de España, afirmarse como una alternativa patriótica, democrática, moderna y sin complejos, no sólo «contra» el nacionalismo, sino «por» sus propios valores; no sólo «para que no triunfe el nacionalismo vasco», sino sobre todo para ver triunfar sus valores propios. No sólo así se garantizarían los resultados electorales, materia no desdeñable, sino que se pondría, por fin, un límite al imperio social y cultural del nacionalismo vasco, que, desplazado del poder y de las instituciones, no ha tenido competencia, en su alianza con la izquierda, en el control de la sociedad. El problema no es tanto el terrorismo cuanto todo lo que, en estos otros campos y sin oposición, hace posible el terror nacionalista; empezando por la indefinición doctrinal y los miedos escénicos de las únicas fuerzas en posición y con voluntad de acabar con el proyecto nacionalista. Las posiciones legalistas y meramente defensivas ya han dado, en este campo, todo lo que podían dar de sí, y es ya hora de dejar atrás los temores.

## II. NATURALEZA DE LA CONFRONTACIÓN

### A. LA POLÍTICA Y LAS INSTITUCIONES

El 14 de marzo de 2004 España va a tener una nueva configuración parlamentaria, que es imposible prever con certeza cuando se redactan estas

líneas. En cualquier caso, esa batalla electoral no tiene la misma relevancia para todas las partes que se acaban de describir. No todos los actores del proceso se juegan lo mismo en las urnas, y en consecuencia no se acercan a ellas con las mismas prioridades.

Los partidos políticos formalmente e íntimamente democráticos viven para las elecciones, y su meta es la obtención de mejores resultados electorales y, como consecuencia de éstos, de más puestos representativos. En este caso, en el Congreso y en el Senado, como hace unos meses fue en el Parlamento Foral y dentro de unos meses será en el Parlamento Europeo. Los resultados de pasados comicios obligan a un análisis cauto de las posibilidades del futuro más inmediato; es difícil hacer augurios, pero es algo más sencillo averiguar qué hipótesis se manejan en los distintos escenarios.

	GENERALES 96	AUTONÓMICAS 99	GENERALES 00	AUTONÓMICAS 03
Electores	444.169	461.729	463.892	452.665
Votantes	326.210	305.880	306.494	327.201
Abstención	117.959	155.849	157.398	125.464
Nulos-Blanco	7.504	9.665	15.753	28.642
Válidos	324.195	303.341	302.686	305.912
UPN – PP	120.335 (2)	125.497	150.995 (3)	126.725
PSOE	98.102(2)	61.531	82.688 (2)	64.663
IU	40.354(1)	20.879	23.038	26.834
CDN	17.020	20.821	8.646	23.437
Aralar	–	–	–	23.697
EA	12.233	–	14.185	–
PNV	3.158	–	6.536	–
EA+PNV	–	16.512	–	22.727
Batzarre	–	–	–	7.897
EH-HB	26.451	47.271	–	–
Nafarroa Bai	[15.391]	–	[20.727]	[54.297]
Batasuna+	[47.842]	[63.783]	–	–

La meta inmediata de la coalición Nafarroa Bai, hecha posible por Aralar, liderada intelectualmente por Patxi Zabaleta y encuadrada orgánicamente en el proceso independentista de Ibarretxe, está al alcance de la mano. Sólo con los votos que «hereda» de las formaciones que la

propician, Nafarroa Bai será la tercera fuerza política de Navarra y obtendrá uno de los cinco diputados nacionales; en torno a cincuenta mil votos garantizados dan esa certeza <sup>1</sup>.

Sin embargo, si Batasuna coopera con Nafarroa Bai y se consolida su acercamiento a Ibarretxe en clave independentista, las primeras consecuencias se sentirán en Navarra: una movilización electoral nacionalista podría rebasar al PSOE en votos, y relegar al partido de Zapatero a la condición de tercera fuerza política. Así, el PSOE no sólo se vería privado de uno de sus dos diputados, sino que perdería su senador, y lo ganaría el nacionalismo. Esta hipótesis ha sido expresamente prevista, porque los nacionalistas han colocado también en cabeza de su lista al Senado a una personalidad independiente <sup>2</sup>.

Realmente, desde el punto de vista electoral, la cosa puede ir más lejos aún: aplicando la regla d'Hondt, si UPN-PP no obtiene su mejor resultado y el nacionalismo sí lo hace, Nafarroa Bai se haría con un segundo escaño navarro en el Congreso, igualando en representación, aunque por supuesto no en votos, al centro derecha democrático. Las consecuencias políticas y simbólicas de esto, ni que decir tiene, serían insospechadas; y es una hipótesis cuya verificación va a depender del éxito de la campaña electoral, porque el nacionalismo, por su parte, sí es colectivamente consciente de qué oportunidad excepcional le depara la ofensiva independentista y la flaqueza del PSOE.

El nacionalismo va a poner a prueba su consistencia electoral, y cualquier resultado será bueno para el plan Ibarretxe, y para la vinculación de Navarra a él. El límite político e institucional de las posibilidades nacionalistas no va a venir dado por su esfuerzo –que suponemos importante–, sino por la respuesta que halle esta ofensiva política e institucional. La primera pregunta se refiere a la izquierda y la segunda al centro derecha.

1. Este análisis, con herramientas estadísticas más precisas, se ha presentado conjuntamente con la valoración de Fernando Vaquero Oroquieta en un Seminario organizado en la sede central del Unión del Pueblo Navarro el 15 de enero de 2004 por el Comité Local de Juventudes Navarras. La mayor parte de las conclusiones aquí expresadas se plantearon en aquel foro, cuyo éxito se debió al celo de Jaime Zuza Ruiz de Alda y al interés de la Fundación Leyre.

2. Desde los inicios de la nueva estrategia nacionalista se han sucedido las conversaciones a múltiples bandas, y sin exclusiones. En varias ocasiones, los mismos Arnaldo Otegi y Fernando Barrena, portavoces independentistas, han destacado «la plena disposición de la izquierda abertzale para conformar una lista por la autodeterminación», «sustancialmente de acuerdo con Aralar y EA» (<http://www.gara.net/orriak/P14012004/art66856.htm>). EA y PNV se han limitado a pedir el fin del terrorismo, que ETA –por otra parte acorralada– no tiene reparos en negociar.

¿Querrá y podrá la izquierda no nacionalista de Navarra enfrentarse a la ofensiva independentista? Es dudoso que pueda, porque sus problemas internos son muchos y la lejanía de la victoria invita poco al entusiasmo, tanto en PSOE como en IU; pero lo seguro es que no quiere. El socialismo y el comunismo navarros viven aún en la órbita moral del nacionalismo, al que han conferido plena legitimidad democrática y progresista y con el que, en suma, están en una misma línea de pensamiento y de sentimiento. Todo lo que venga del nacionalismo será siempre considerado con favor por la izquierda, tanto más si por el camino pueden conquistarse cuotas de poder. Determinados Ayuntamientos navarros son desde la primavera de 2003 el banco de pruebas de lo que después ha sucedido en Cataluña y, a la luz de las elecciones de 2004, el anticipo de lo que puede ser la inclusión de la izquierda internacionalista entre las fuerzas coaligadas en torno al plan nacionalista.

¿Qué puede hacer, políticamente, el centro derecha frente a todo esto? Lograda ya la unidad, salvo la anécdota personalista de CDN, el centro derecha navarro sólo tiene la opción de ser él mismo, sin complejos y sin maquillajes que le sientan francamente mal cuando se le proponen. La herencia de la UCD fue más bien pobre en Navarra, y no para mal el centro derecha navarro ha entroncado directamente con la familia popular (a través de su propio PP, y de su aguerrida AP antes) y con sus propias tradiciones regionalistas, hoy encarnadas en UPN y antes de UCD en Alianza Foral Navarra. Esta genealogía hace, por ejemplo, que UPN sea hoy y haya sido inmune siempre a las dudas que la acción terrorista y la coacción nacionalista imbuyó en muchos demócratas de más o menos reciente cuño en los primeros y sangrientos años de la Transición: en Navarra siempre estuvo claro, para los militantes, afiliados, cuadros medios y cargos locales al menos y sin dudas, que ETA era el mal y que el nacionalismo, siendo inasumible y retrógrado, si quería ser respetado tendría que evitar amistades peligrosas. Una claridad de ideas que ningún consenso o componenda ocultó jamás, y que sigue siendo hoy de práctica actualidad, como primera y mejor respuesta a Ibarretxe y a todo lo que con Ibarretxe viene (Del Burgo 2003).

## B. LA SOCIEDAD Y LA CULTURA

«¿Sabremos, nos atreveremos algún día a describir toda la ignominia que nos tocó vivir?» Alexandr Soljenitsin escribía hacia el final de su «Archipiélago Gulag» estas palabras terribles. Lo peor de un régimen tiránico es, en efecto, que niega su propia identidad a las cosas, deforma la realidad y con ella deforma las personas. Así sucedió en aquel experimento bestial de sufrimiento humano, la Unión Soviética. Así sucede aún hoy, muy cerca de nosotros, en partes enteras de la sociedad navarra. Un régimen tiránico no se distingue sólo por un grado mucho más elevado de dolor y miedo, sino sobre todo por negar su identidad a las personas. El nacionalismo es un régimen, no es un mero proyecto político o electoral.

¿Qué diríamos de un régimen que no respetase la legalidad en la que él mismo se funda? Diríamos que se trata de un totalitarismo revolucionario. ¿Qué diríamos de un régimen que afirmase la existencia de una voluntad popular ajena al voto mayoritario de los ciudadanos? Diríamos que se trata de algo ajeno a la democracia. ¿Qué diríamos si una parte de las fuerzas políticas conspirase abiertamente contra sus opositores, amenazados éstos de muerte? Diríamos que se trata de un régimen terrorista. Pues bien, la vida que el nacionalismo vasco practica en todos los municipios donde está presente es esa: el nacionalismo se permite otorgar legitimidad o no dependiendo del origen de los ciudadanos –no valen los votos de los no nacionalistas vascos–, se arroga la potestad de modificar a su capricho las Leyes del Estado y fomenta abiertamente un clima de crispación y de intolerancia próximo al linchamiento.

Es esencial, para entender la importancia de esto, saber cuáles son las prioridades del nacionalismo. No son nunca los cargos, ni los votos, ni las instituciones. Son siempre los centros educativos y culturales, la vida social en su más amplio sentido. Mientras los partidos políticos democráticos compiten por unas elecciones, los nacionalistas –que no desdeñan esas elecciones si les resultan convenientes para sus fines– compiten por los corazones, las mentes y las almas de la siguiente generación. Hay en todo nuestro análisis de la realidad de Navarra a comienzos de 2004 un cierto toque de resignación; y ésta se debe a la disparidad de la confrontación política, en la que los defensores de la verdad –de la Navarra libre

y española— se limitan demasiado a menudo a objetivos miopes, materiales e inmediatos, dejando lo importante (más lejano, menos atractivo) al nacionalismo totalitario. Sólo en momentos de crisis colectiva los demócratas reconocen esa miopía, que entrega primero la cultura social y después la sociedad misma en manos de los enemigos de la libertad. Hay que reactivar viejas energías dormidas en el campo político navarrista-españolista, para que no tenga razón Lenin, el torturador de Soljenitsin, el maestro de Otegi y de Zabaleta: «¿Libertad? ¿Para qué?».

### III. HIPÓTESIS POLITOLÓGICAS Y SOCIOLOGICAS PARA EL FUTURO DE NAVARRA

Ante las elecciones del 14 de marzo de 2004 ha comenzado ya, tanto para España en general como para Navarra en particular, el baile enloquecido de encuestas y contraencuestas. A la incertidumbre general —que no lo es tanto— por el destino comparado del proyecto Zapatero y del proyecto Rajoy —si es que hay un proyecto Zapatero— se añade en el caso navarro una incertidumbre nueva y muy singular.

No cabe duda, en los límites de lo humanamente previsible, de que la coalición UPN-PP volverá a vencer las elecciones generales en la circunscripción de Navarra; ni de que lo hará con más votos que en las elecciones autonómicas (como ya ha sucedido); ni de que obtendrá la mayoría de los cinco escaños en el Parlamento y los cuatro en el Senado. Es lógica, así, la confianza en el futuro inmediato que han expresado, por un lado, Jaime Ignacio Del Burgo, y, por otro, el presidente del Gobierno foral Miguel Sanz. Una confianza que, en todo caso, reposa sobre una tarea parlamentaria aceptablemente eficaz como la que muestra a la opinión pública el informe sobre la Legislatura 2000-2004 presentado el 16 de enero de 2004 por los parlamentarios navarros.

Pero ya se ha explicado que no serán unas elecciones como las demás, y si alguien se obstina en seguir negando la evidencia no tiene más que esperar unas semanas o unos meses para comprobar lo infundado de ciertas excesivas tranquilidades. Y la intranquilidad, si se quiere la inseguridad, no se deriva en este caso ni exclusivamente ni esencialmente de las veleidades antipatrióticas de una izquierda consumida en sus propias miserias y en sus propias incompetencias. No es una improbable victo-

ria de la izquierda constitucionalista lo que ensombrece el futuro institucional y social de Navarra.

El protagonista de las elecciones va a ser el leizarra Patxi Zabaleta, fundador y centro del partido Aralar –partido que no reniega de su condición de «izquierda abertzale»–, aglutinador de la coalición electoral «Nafarroa Bai», representante acreditado en Navarra de los boyantes planes independentistas del nacionalismo vasco. Y de ahí –de esos planes– nacen las sombras.

Nafarroa Bai puede obtener representación parlamentaria. Ya se ha explicado –e importa poco con cuánto eco o cuánto éxito, porque los resultados serán la mejor prueba de toda hipótesis sociológica– que la adición de votos nacionalistas en Navarra, prescindiendo de los votos batasunos, da como resultado la tercera fuerza electoral, y un diputado en Cortes. Como meta institucional secundaria, Nafarroa Bai maneja la hipótesis de un *sorpasso* del PSOE, llegando, como coalición aglutinante de todo el voto útil nacionalista e izquierdista, a ser la segunda fuerza política en la provincia. En tercer lugar, y siempre a partir de datos contrastados que se manejan en el seno del propio mundo abertzale, es posible que esa segunda fuerza obtenga dos diputados y un senador, igualando la representación de UPN-PP en la Carrera de San Jerónimo.

Negar los hechos y declarar imposible lo probable no es la manera adecuada de actuar en política. Zabaleta, en política, no necesita alcanzar ninguno de esos tres niveles de objetivos, porque ya ha logrado el primero y esencial: Nafarroa Bai da voz –voz propia e innecesariamente respetada, voz ilusionante y capaz de crecer más allá de todo límite– al nacionalismo vasco en Navarra, que se viene a colocar directamente en su mejor posición social desde la Transición. Zabaleta, y su entorno, está empapado de cultura política marxista, y sabe perfectamente que la hegemonía institucional del centro derecha ha obligado al independentismo a una «guerra de posición». En términos gramscianos, «la guerra de posición se utiliza hasta que maduran las condiciones para la guerra de movimiento, pero ambas están entrelazadas». Antonio Gramsci dejó escrito que no se puede emprender el asalto al poder (y, en este caso de lucha revolucionaria, la independencia) mientras la «lucha de trincheras en la sociedad» no haya creado las premisas del éxito.



El nacionalismo no es un club de aficionados, ni es sólo un coágulo de intereses caciquiles. Tiene una base social muy sólida y unida. Tiene un análisis táctico y estratégico de la realidad, sustancialmente coincidente con la «vía Ibarretxe» a la independencia. Tiene perfecta conciencia de sus debilidades (la ilegalidad formal del independentismo sumada a la impresentabilidad universal del terrorismo) y en particular de su debilidad en Navarra (donde es percibido tan negativamente como en el resto de España, y además como específicamente agresivo para la identidad colectiva navarra). Del nacionalismo hay que esperar en los cortos plazos una definitiva modulación de sus discursos para potenciar sus puntos fuertes (solidez, conciencia identitaria, mitos movilizados, ilusión por la victoria) y para obviar sus flaquezas (Batasuna-ETA contribuirá con un cese de la violencia unido al victimismo por la ilegalización). Sobre todo, en Navarra, no hay que esperar que plantee una confrontación institucional en este momento (porque sería una batalla perdida de antemano), y sería suicida considerar decisiva y resolutive una mera victoria electoral-institucional sobre el nacionalismo ahora.

Porque, en suma, las metas del independentismo son otras, y otros son sus ritmos. Vencerle en número de votos o en número de escaños no deja de ser un triste consuelo si, mientras tanto, se le permite vencer las batallas que realmente desea vencer. Y realmente el nacionalismo vasco en Navarra ha encontrado hace décadas sus mejores aliados precisamente entre sus más encarnizados opositores, que se han obstinado en creerlo derrotado sólo por verlo derrotado en sus propios términos. Sin comprender que el nacionalismo ni es demócrata ni trabaja a corto plazo<sup>3</sup>.

Cualquier triunfalismo está de más hoy. El nacionalismo desea someter Navarra a la misma operación de ingeniería política y social a la que ha sido sometida Álava durante décadas. Álava, provincia históricamente tan española como la que más por su historia, ha sufrido un proceso de transformación, tolerado hasta hoy por algunos de quienes se llevan las manos a la cabeza. Navarra no es inmune a un proceso similar de ingeniería social y cultural; y tal proceso, base del plan Ibarretxe, ha empezado hace mucho, y da ya sus primeros frutos, aunque no sean percibidos por quienes creen que sólo en los altos niveles institucionales se toman

3. «Las coyunturas hay que examinarlas a largo plazo», ha declarado Xabier Arzalluz ante la IV Asamblea General del Partido Nacionalista Vasco. «Los tiempos y los ritmos pueden variar pero nuestra acción no».

las decisiones, ni por supuesto por la izquierda, que vive ensimismada en su crisis; y nadie sabe qué precio podría pagar para salir de ella.

Es la izquierda, precisamente, una de las claves para entender qué camino va a intentar recorrer el nacionalismo vasco en Navarra. Ya el pasado día 8 de noviembre se tuvo conocimiento, por la prensa nacional y regional, de las gestiones encaminadas a la conformación de una coalición electoral de las fuerzas nacionalistas vascas presentes en Navarra. Ya hemos desarrollado sus considerables posibilidades electorales, pero la cosa no queda sólo en los votos. No hay que olvidar que el nacionalismo es un movimiento interclasista, intergeneracional, con una parte dinámica –revolucionaria y capacidad de llegar a todos los rincones de nuestra sociedad. El nacionalismo sabe que la fractura víctimas / verdugos, aunque rentable durante un período de la lucha nacionalista, ha terminado por superponerse a la dialéctica nacionalismo / no nacionalismo, y también a la dialéctica general derecha / izquierda. El nacionalismo no puede ni quiere renegar de ETA-HB, que es carne de su carne; puesto en la tesitura de tener que hacerlo, ha elegido, con Ibarretxe, dar un paso adelante, forzar de nuevo la unidad del nacionalismo (para lo cual antes o después habrá una tregua etarra) y, sobre todo, ganarse la buena voluntad de al menos parte de la izquierda no violenta y no nacionalista. Los dirigentes nacionalistas han asumido, así, un análisis de la sociedad navarra en torno a esos tres ejes (Ayestarán 1992, 75-93), y a través del proceso Ibarretxe –Aralar tratan de lograr una coalición estable nacionalista–progresista que lleve a la autodeterminación. Lo ha dicho la candidata abertzale Uxue Barkos: «que el ala más progresista de Navarra tenga una expectativa real de llegar a Madrid con voz propia y con posibilidades verdaderas de representar la pluralidad de nuestra sociedad». La izquierda navarra, y en particular socialistas y comunistas, van a experimentar en los próximos tiempos, el abrazo del oso nacionalista.

Aralar, en el núcleo de Nafarroa Bai, posee una enorme capacidad de recuperación de su espacio político, no únicamente el abertzale radical, sino el del nacionalismo vasco en su conjunto e, incluso, el de buena parte del de las izquierdas navarras. El espacio político y social más apetecible, más alejado en apariencia pero en definitiva no inaccesible pese a los derroches de veleitarismo al respecto en determinados análisis del centro derecha, es el de un maltrecho PSOE que sigue sin reponerse

electoralmente. Su actual dirección no logra superar la larga crisis. Tampoco se adivina ninguna posibilidad de renovación desde una, dividida y menguada, oposición interna que ha sufrido el abandono de figuras muy representativas, en una dramática sangría. Una vez liderado el espacio nacionalista vasco de Navarra por Aralar, y desplazado el PSOE de su segunda posición en votos del mapa electoral, ¿cuál sería el paso siguiente? La lógica política nos lleva a pensar que pudiera ser, al igual que en Cataluña, un «pacto de progreso» que también comprendiera al PSOE, de cara a las futuras elecciones forales, en un intento de desbancar a UPN del Gobierno.

Navarra, hasta este punto del análisis, ha podido seguir siendo considerada una barrera insalvable para el plan de Ibarretxe. Sin Navarra, ni la independencia sería viable, ni la territorialidad exigida por la izquierda abertzale desde la alternativa KAS sería factible. Sólo el vigor social y cultural del nacionalismo vasco en Navarra y la ejemplar coherencia militante de sus bases habría mantenido vivas las esperanzas de desestabilización a largo plazo, pero sin amenazar realmente el orden político. Pero con un «pacto de progreso» liderado por Aralar, con un nacionalismo hipotéticamente en el poder y con un socialismo debidamente apesebrado, la alternativa KAS sería posible, incluso con la participación explícita de Batasuna-AuB.

Dos obstáculos se oponen en esa vía política y social de ruptura institucional. Uno, el terrorismo: pero es evidente que el nacionalismo aspira a conseguir una tregua de ETA y que puede lograrla si da una salida digna y aparentemente victoriosa a los asesinos, conscientes de que el alejamiento del nacionalismo es sólo táctico, y no moral, programático o permanente. Otro, la voluntad de los navarros, evidentemente negativa en gran mayoría. Pero hace más de una década que el nacionalismo dejó clara su intención de no servirse de un procedimiento plebiscitario puro. Ibarretxe, y específicamente para incluir Navarra en su diseño, ha elaborado un esquema de «autodeterminación progresiva», combinando momentos plebiscitario-electorales con «escenarios procesuales»<sup>4</sup>. Aralar, haciendo posible el polo «Nafarroa Bai», contribuye conscientemente a este proceso, que por otra parte su líder se sabe en condiciones de dirigir en Navarra.

---

4. Puede verse Zubiaga (1999) especialmente p. 154 y ss.

Si Patxi Zabaleta cree llegado el momento de «proclamar no sólo la primacía de la acción política, sino exclusividad de los cauces políticos para la acción política» es porque ve posible en Navarra una victoria política. Esa victoria tiene su núcleo en la existencia renovada y unida de un polo nacionalista-socialista, basado en el mito político nacionalista, estructurado en torno a la cultura y la socialización totalitaria nacionalista. Y, en suma, las posibilidades de victoria del plan Ibarretxe –en Navarra y en el resto de España– no se liquidan, como ha dicho Jaime Ignacio Del Burgo, ni con una «respuesta puramente política» y ni siquiera con «los instrumentos constitucionales destinados a la protección del ordenamiento autonómico». Un ataque en profundidad requiere una defensa en profundidad, que parta, justamente, de un conocimiento exacto del adversario y de sus intenciones, y no sólo de una ingenua buena voluntad.

La primera tarea de quien se plantea una acción subversiva es desorganizar al adversario y ocultarle sus verdaderas intenciones. Mediante la desinformación y la descomposición moral y psicológica se pueden obtener victorias que sólo por la fuerza o por las urnas serían impensables; y hacerlo además cuando los adversarios están más confiados, y dedicados a sus propias querellas intestinas. Estas sencillas lecciones de guerra revolucionaria han nutrido a varias generaciones de militantes marxistas<sup>5</sup>, y no hemos de olvidar que de esa escuela proceden los actuales dirigentes de la vanguardia nacionalista en Navarra. Liquidar el proceso Ibarretxe-Aralar como si se tratase de un simple fenómeno electoral es sencillamente agravar más los problemas de nuestro inmediato futuro, si efectivamente deseamos una Navarra libre, en paz, democrática y –obviamente– española.

#### IV. UNA CONCLUSIÓN

Estas páginas se iniciaban haciendo referencia a la retirada de José María Aznar de la guía de la nación. Cuando, en 1514, Fernando el Católico se disponía a la muerte, hizo balance de su gestión política en su testamento: *«Ha más de setecientos años que nunca la Corona de España estuvo tan acre-*

---

5. Puede verse Faleroni, (1973), particularmente p. 243 y ss., en cuanto a la proyección táctica.

*centada, ni tan grande, como ahora, así en Poniente como en Levante, y todo, después de Dios, por mi obra y mi trabajo».* El actual presidente del Gobierno ha protagonizado igualmente una etapa de saneamiento, de crecimiento en fuerza y en dignidad –interior y exterior–. Por lo que hace a Navarra –entonces como hoy parte de España por su naturaleza y por la voluntad inmensamente mayoritaria de los navarros– Fernando el Católico liquidó drásticamente las banderías nobiliarias y partidistas, los intereses disgregadores y las remotas tentaciones secesionistas. Dando por terminada la era de los egoísmos familiares y de partido, Fernando el Católico abrió una estación de convivencia nacional que dura hasta hoy. Es imperativo de justicia que esto perdure, y es además requisito para la convivencia libre, pacífica, próspera y democrática. Porque, para Navarra y los navarros, España es su personalidad colectiva, es su Estado, es su Nación y es, hace siglos, la única garantía de la libertad.

Estas buenas razones no deben, en este caso, quedarse en buenos deseos de campaña electoral o en programa de gobierno; ni siquiera en repertorio para la acción institucional. Los políticos navarros de Unión del Pueblo Navarro y del Partido Popular, sobre los que ya caben juicios históricos, han cumplido hasta ahora razonablemente bien sus deberes institucionales representativos y puramente políticos. Pero, mientras tanto, el independentismo vasco, de fronteras difusas con la izquierda, ha desarrollado su trabajo minoritario tanto en esos mismos ámbitos como en todos los propios de un movimiento totalitario: la juventud, la cultura, el ocio, el asociacionismo. Su poder social efectivo no es democrático, sino totalitario; y si no se responde adecuadamente, en los mismos ámbitos y con los mismos medios, a la ofensiva separatista de la que Ibarretxe es sólo un nombre, la apuesta de los enemigos de España y de la paz puede triunfar en Navarra.

Entender la naturaleza y dimensiones del nacionalismo vasco en Navarra excluye pensar que su derrota pueda ser sólo electoral, y debería llevar a un cambio drástico de los pasos, ritmos y estrategias hasta ahora adoptados. Una clave es recordar siempre que la izquierda –globalmente– no comparte el proyecto de nación española. Desde ese punto de vista (pero no del económico, afortunadamente) estamos al borde de una fractura social para cuya sanación es precisa claridad de visión doctrinal, no bastan activismo, victorias electorales, o parches para salir del

paso. El problema planteado por Juan José Ibarretxe y por Patxi Zabaleta en Navarra no se arregla con soluciones provisionales e, igual que no se puede pensar que con ilegalizar a Batasuna y tener a ETA en horas bajas ya esté todo hecho, menos aún cabe imaginar que la solución final sea sólo evitar el control nacionalista de las instituciones y de los cargos electos, mientras se les permite ser dueños de enteros espacios sociales. Dar la respuesta en la raíz del problema y no en sus epifenómenos políticos e institucionales, he ahí el reto para una generación de políticos que deberá mostrar todo su altruismo y su osadía si quiere legar una Patria al menos tan sólida como la que ha recibido.

BIBLIOGRAFÍA

- S. Aystarán (1992): «La representación social del nacionalismo vasco», en P. Ibarra, Ed., 75-93.
- Jaime Ignacio Del Burgo (2000): *El caso de los falsarios*, Laocoonte, Madrid.
- , (2001): VI Congreso de UPN. Ponencia I. *Principios políticos del Partido*. Pamplona, 3 y 4 de febrero de 2001.
- , (2003): *La Constitución de la libertad y de la concordia. Diálogo, negociación, consenso*. Navarra y la Constitución, Pamplona, [separata].
- Rafael Díaz-Salazar (1991) : *El proyecto de Gramsci*, Anthropos, Madrid.
- A.D. Faleroni (1976): *Guerra Revolucionaria Total*, Rioplatense, Buenos Aires.
- Manuel García Pelayo (1981): *Los mitos políticos*, Alianza, Madrid.
- P. Ibarra, Ed. (1992): *Ideología y nacionalismo*, Vitoria.
- VV.AA. (1999): *Propuestas para un nuevo escenario: democracia, cultura y cohesión social en Euskal Herria*, Manu Robles-Arangiz Institutua, Bilbao.
- M. Zubiaga Gárate (1999): «La autodeterminación como cambio político», en VV.AA.